

porque todos, sin excepción, enviaron embajadores á Florencia para expresar su sentimiento á esta República. Y de que tenían justo motivo para sentirlo, muy pronto se conoció por los efectos; porque, faltando á Italia sus consejos, no encontraron los gobiernos medio de satisfacer ó refrenar la ambición de Luis Sforza, gobernador del duque de Milán, por lo cual, inmediatamente después de la muerte de Lorenzo de Médicis, empezaron á nacer las malas semillas que, al poco tiempo, por no vivir quien sabía destruirlas, arruinaron y arruinan todavía á Italia.

FIN DE LA HISTORIA DE FLORENCIA.

---

## FRAGMENTOS HISTÓRICOS (1)

---

AÑO DE 1494.

Quería el papa Alejandro VI que Alfonso (2) diera su hija en matrimonio á uno de los hijos de aquél, y oponiéndose éste, se indignó hasta el extremo de escribir al rey de Francia que viniera á reconquistar el reino de Nápoles; de suerte que, si es cierto que Carlos pensaba ya en esta conquista, el consejo del Pontífice le decidió á emprenderla.

Añadiase á esto que Luis Sforza gobernaba el Estado de Milán como soberano y no como tutor de Juan Galeazzo, que ya era adulto y á quien no pensaba entregar el gobierno, sino apartarle de los asuntos públicos, reteniendo para sí toda la autoridad; cosa muy desagradable para el rey Alfonso, padre de Hipólita, esposa de Juan Galeazzo. Pero Fernando, padre de Alfonso, disuadía á éste de todo intento contra Sforza, temeroso de que llamara á Francia en su ayuda; y para disipar las sospechas

---

(1) Estos fragmentos históricos son trabajos preparatorios de Maquiavelo para continuar la historia de Florencia.

(2) Hijo de Fernando, rey de Nápoles.

de Luis Sforza, proyectó ir en persona á Génova, poniéndose así en sus manos, reconciliarle con su hijo y divorciar á su nieta, la esposa de Juan Galeazzo, casándola con Luis Sforza. No pudo realizar pronto este proyecto, y Alfonso, menos prudente y más ardoroso que su padre, comenzó á gestionar contra Sforza.

Creyeron muchos que el verdadero móvil de Alfonso no era el amor á su hija ni el odio á Luis Sforza, sino el deseo de apoderarse de Lombardia como herencia suya; porque, en efecto, Felipe Visconti (que no tuvo hijos varones) la dejó á su abuelo Alfonso, para que la defendiera de los venecianos, quienes aspiraban á poseerla después de la muerte de Felipe.

Lo primero que hizo Alfonso fué una alianza con Florencia, aparentemente para seguridad de esta República, pero en realidad para apartarla de la amistad de Luis Sforza. Pedro de Médicis no consultó para ello á sus antiguos amigos, sino á nuevos consejeros.

Hecha la alianza con Alfonso, el papa Alejandro mudó de opinión y se unió á los aliados, reuniéndose éstos en Vicovaro y firmando el tratado.

Esta liga alarmó á Sforza, que envió á Florencia embajadores para recordar á Pedro de Médicis la antigua amistad y los peligros á que se exponía. Respondió Pedro vagamente que quería permanecer neutral en las calamidades que á Italia amenazaban. Comprendió Sforza, al saber esta respuesta, el fingimiento de Médicis, y determinó hacer todo lo posible para que el rey de Francia viniera á Italia, después de permanecer algún tiempo dudoso, porque veía en Italia un enemigo implacable y en Francia un amigo de poca fe; supuesto que el rey Carlos no podía venir con poco ejército y, llegado á

Italia, él y los demás italianos quedarían sujetos á su dominación; pero decidido á que viniera, envió embajadores á Francia con dinero y encargo de hacer todos los esfuerzos posibles para que Carlos VIII pasara los Alpes.

Oyó el rey de Francia las proposiciones de los embajadores de Sforza y las sometió á su Consejo. El almirante Jacobo Grandville las desaprobó; pero los demás consejeros, pensando más en el botín que en los daños posibles, aconsejaron la empresa, quedando acordado realizarla, después de terminar las cuestiones pendientes con los Estados vecinos.

Estas cuestiones eran con el emperador de Alemania y con el rey de España. Con el Emperador las arregló por mediación de Sforza, y con el rey de España entregándole Perpiñán. Organizó una armada en Marsella y envió embajadores á Italia para sondear la opinión de los pueblos y reconocer el terreno. La misión de éstos era asegurar que el rey Carlos no promovía guerra por ambición, sino que, para reconquistar su reino, pedía auxilio ó, á lo menos, el paso libre.

El Papa y los florentinos respondieron que no podían romper su alianza con el rey de Nápoles. Los venecianos se excusaron con la necesidad de vigilar á sus antiguos enemigos los turcos, aconsejando al rey de Francia desistir de la empresa, para no facilitar con ella la entrada de los turcos en Italia, y añadieron que, si se empeñaba en hacer la guerra, ellos permanecerían neutrales.

Mientras duraban estas negociaciones intentó Alfonso sublevar á Génova y quitársela á Luis Sforza, organizando una armada de treinta galeras y otras tantas naves menores, que, al mando de su hermano Federico,

envió á Liorna, y en la cual iban Obietto de Fiesco y Pablo Fregoso, á quienes los Adornos, que gobernaban á Génova en nombre del duque de Milán, habían desterrado. Por su parte los genoveses, con el auxilio del Duque, formaron en Génova una gran armada, y Carlos VIII envió al duque de Orleans con los suizos para defender la plaza. Los napolitanos fueron derrotados por los genoveses al atacar el castillo de Rapalle.

Después de esta victoria escribió Luis Sforza á Pedro de Médicis pidiéndole que fuera mediador en la paz. Pedro le respondió bien y obró mal, porque dió cuenta de todo á Alfonso, y además, para enemistar al rey de Francia con Sforza, ordenó que el embajador de éste fuera á verle en su casa, fingiéndose enfermo, y escondió en ella al del rey Carlos donde pudiera oír la conversación. Entonces hizo al embajador de Sforza leer la carta de éste. Con ello aceleró la venida del rey de Francia, porque, desesperado Sforza de llegar á un acuerdo, le apremiaba con la mayor urgencia, lo cual fué causa de que el rey Alfonso, lleno de dolor, se encerrara en su palacio hasta el punto de correr la noticia de que estaba loco. Pero recobrado el ánimo, determinó hacer frente á la mala fortuna y enviar el ejército mandado por su hijo Fernando, á Lombardia, como obrando á nombre del Emperador y con la esperanza de quitar el Estado á Luis Sforza, por saber que allí le odiaban. Sforza hizo venir á Aubigny con tropas y numerosísima armada á Niza, Marsella y Génova.

El rey Carlos vino á Lyon para preparar y ordenar las cosas de modo que Aubigny estuviera en la Romaña antes que Fernando, quien, apresurando la marcha, llegó á Ravena, junto al campamento de Aubigny, habiendo

algunas escaramuzas, por no recibir Fernando la orden de dar la batalla.

Entretanto el rey Carlos partió de Lyon para venir á Lombardia y, durante el viaje, corrió en su ejército la noticia de que Sforza le hacía traición, tan acreditada, que en la duda de si sería cierto, estuvo á punto de volver atrás; pero el cardenal de San Pedro *in Vincula* (1) dissipó sus temores y, tranquilizado el Rey, dijo: «Vamos donde nos llama la gloria de la guerra, la discordia de los pueblos y la ayuda de los amigos.»

Continuando el camino, pasó á Italia por los Alpes de Ginebra y llegó á Asti, población que había sido largo tiempo de los franceses, y cuyos habitantes le salieron al encuentro. Avanzó hasta el Tesino, donde supo la enfermedad del duque de Milán Juan Galeazzo, que murió poco tiempo después. El Rey le visitó, satisfaciendo á Luis Sforza esta visita, porque disipaba la sospecha de que el Duque había muerto envenenado como un perro.

Dudaba Carlos VIII si debía dirigirse al reino de Nápoles por la Romana ó por Toscana, pues ambos caminos ofrecían inconvenientes, siguiendo al fin la opinión de Sforza de ir por Toscana. Esta determinación asustó á los florentinos. Pedro de Médicis, sin consejo ni apoyo, decidió salir al encuentro del Rey y, haciéndose nombrar embajador, fué á Serezana y después á donde el Rey estaba. Encontróle en el camino y, arrodillándose

(1) Este cardenal fué después el papa Julio II. San Pedro *in Vincula* es una iglesia de Roma, y era entonces costumbre que cada cardenal tomara el nombre de una iglesia de esta ciudad.

ante él, empezó por darle excusas, y acabó ofreciéndose él y ofreciendo su ciudad.

El resultado de esta conferencia fué que el Rey pidió pusieran en sus manos los florentinos las fortalezas y le entregaran gran cantidad de dinero. Escribió Pedro de Médicis estas demandas á los magistrados, y después fué á Florencia, por saber que amenazaban allí desórdenes y para impedirlos.

Supiéronse con desagrado en Florencia las exigencias de Carlos VIII, y le enviaron nuevos embajadores para evitar los males que amenazaban á la República y con encargo de recomendarla á la generosidad del Rey.

Cuando llegó á Florencia Pedro de Médicis, ya se decía en todos los círculos que habia hecho traición y vendido la ciudad, y además llevado á ella á Virginio Orsino con sus tropas. Por estas cosas su vuelta no fué grata á nadie y sí odiosa á muchos, tanto que todos hablaban ya de recobrar la libertad. Fué Pedro al Palacio, y le rechazaron; volvió á su casa y, falto de consejo, intentó en vano, ora la fuerza, ora la persuasión. Sin poder confiar en nadie, retiróse al fin con todos los suyos á Bolonia.

Fernando estaba con su ejército en Cesena cuando supo estos sucesos y, al verse privado del auxilio de los florentinos, que ya habian recibido al Rey, fué á Roma.

Pedro de Médicis estuvo pocos días en Bolonia, dejó allí á los suyos y se dirigió á Venecia.

En Florencia reinaba el mayor desorden....

#### ASUNTOS DE MONTEPULCIANO.—1494.

En Pienza, ciudad de Siena, á seis millas de Montepulciano, habitaba la mayor parte del año maese Andrés Piccolomini, sobrino del papa Pío II, y tenía íntima amistad con muchos de Montepulciano, entre ellos con un tal Francisco Paganucci, que iba entonces con frecuencia á Siena por la enfermedad de su hermano maese Bartolomé Paganucci.

Por entonces fué elegido podestá de Chianciano Antonio Bichi, que gozaba de grande autoridad en Siena y, como Chianciano está á cuatro millas de Montepulciano, por cuestiones de límites, tenían los habitantes de ambos puntos desde hacia muchos años querellas y riñas. Pretextando arreglar estos asuntos, hablaba casi diariamente el citado Bichi con los de Montepulciano, cuyos ánimos logró disponer contra los florentinos porque, por entonces, la república de Florencia habia mandado establecer en Montepulciano el nuevo impuesto del diezmo, cosa que llevaron á mal sus habitantes, máxime habiéndose convenido pocos meses antes entre la República y Montepulciano, que éstos pagarían en moneda blanca, á condición de recibir la sal una tercera parte más barata.

Al cambiar el gobierno en Florencia (1), víéronse los de Montepulciano obligados á pagar íntegro el impuesto

(1) Cuando, á la llegada de los franceses, fueron expulsados los Médicis.